

de suyo, se hace fuerte en Dios y poderoso para acometer las mayores empresas.

Nada de esto se ocultaba al piadoso corazón del Sr. Claret, y por esto, después de levantarse, que siempre fué muy de mañana, á las cuatro cuando menos, su primera ocupación era el tener una larga hora de oración mental retirado en su mismo cuarto. Lo que en ella sentía no es fácil declararlo si no es por los maravillosos efectos que en él obraba, porque sólo Dios y él conocían lo que en aquel tiempo pasaba por su alma, las ilustraciones que recibía del cielo, los afectos amorosos á que por divina inspiración era movido, los propósitos que hacía para cumplir la voluntad de Dios que allí se le declaraba y las fuerzas sobrenaturales que el Señor le comunicaba para llevar felizmente á cabo las obras de su servicio. Piensen otros lo que quieran acerca de la vida de los santos; alábenlos en hora buena cuando los ven obrar prodigios y arrebatarse á las muchedumbres, y moverlas á la virtud y á empresas heroicas con la eficacia de su palabra evangélica; de mí sé decir que me entusiasma mucho más que todo eso el solo pensamiento de lo que debe pasar por el alma de los santos cuando están en oración; aquí todo es silencio, no se oyen las aclamaciones de las gentes, ni siquiera el conmovedor murmullo del auditorio, que llora sus pecados compungido por las ardientes frases del orador cristiano; en medio de esta soledad y aislamiento de todas las criaturas, Dios habla á lo secreto del alma con voces inenarrables, y el alma responde con cánticos espirituales de amor y agradecimiento; Dios extiende ante los ojos del entendimiento un horizonte de divina luz, y el alma mira con dulzura y amor, y olvidada de sí penetra en las profundidades de los divinos misterios, de donde saca torrentes de luz para su entendimiento y para anunciar con claridad y transparencia, como quien habla de lo que vió, las verdades del Evangelio; Dios, en fin, da á gustar al alma en lo escondido del corazón parte de las dulzuras inefables de la gloria, y el alma, embriagada con los divinos deleites, se hace fuerte en el amor, desprecia todo lo terreno y tiene por cosa baladí todos los padecimientos y privaciones de este mundo, y nada le importa arrostrar cualquier sacrificio á trueque de dar gusto á su Amado. ¡Oh, si el Señor nos hiciera ver el alma de un santo cuando está en oración! De seguro que no podría ofrecérsenos en

este mundo espectáculo más embelesador y que más dulcemente arrebatara nuestras almas. Pero estas cosas las tiene Dios escondidas de ordinario á las miradas profanas de los hombres, y sólo alguna vez se manifiestan por señales exteriores. Algo de esto veremos, con el auxilio del Señor, en la vida del Siervo de Dios, el Sr. Claret, tomándolo de las notas que él mismo escribió más adelante acerca de las ilustraciones principales que recibía del cielo en la oración y de los propósitos especiales que hacía para cumplir lo que el Señor en ella le daba á entender, en todo lo cual no hacía más que seguir el prudente consejo que sobre esto da San Ignacio de Loyola. Por ahora baste decir que hacía tanto aprecio de la oración mental, que era dicho suyo muy corriente, ya en conversaciones familiares, ya, principalmente, predicando á sacerdotes, la siguiente máxima: "Si dejase yo un solo día mi oración mental, me tendría por perdido." Por donde se echa de ver que de la oración sacaba alientos para emprender y continuar sin desfallecimientos ni desmayos todas las obras del divino servicio.

Compañera de la oración y amiga muy familiar de ella suele ser la lectura espiritual, y así los Padres antiguos y todos los varones espirituales que intentaron adelantar en la perfección usaron de este ejercicio; porque la buena lección es madre de los buenos pensamientos, y los buenos pensamientos engendran las buenas obras, con las cuales mucho el alma aprovecha y adelanta en este difícil camino de la santidad. Nunca el Sr. Claret desde que fué sacerdote, y aun desde que se trasladó á Vich para continuar la carrera eclesiástica, descuidó este piadoso ejercicio, y los frutos abundantes que de él sacó viéronse después claramente en la prolongada serie de libros espirituales que publicó, amenizados con las sentencias, dichos y ejemplos de los principales ascéticos y de los Padres y Maestros que más largamente y con mayor claridad trataron de espíritu. En su plan de vida entraron también el examen de conciencia, así el de medio día como el de la noche, y todas las demás obras y mortificaciones que ejercitó cuando era estudiante. Confesábase una vez á la semana; cada mes tenía un día de retiro espiritual, aunque sin descuidar las obligaciones que la parroquia le imponía, y cada año hacía por espacio de diez días los santos ejercicios, práctica que obser-

vó hasta su muerte. Solícito también de la santificación de sus domésticos, por haber leído muchas veces en los sagrados libros que "quien no mira por los suyos, mayormente si son de la familia, ha negado la fe y es peor que un infiel", á una hora determinada de la noche, con su hermana María, que vive aún en el Instituto de Religiosas terciarias carmelitas (1), y con Jaime, criado de unos sesenta años de edad, únicos que formaban el personal de aquella casa, dedicaba un rato á la meditación y rezaba con ellos el santo Rosario y otras oraciones. Según dicho de Sor María Claret, su venerado hermano jamás omitió con ellos estas devotas y saludables prácticas.

Si tan admirable y concertada era su vida dentro de las paredes de su casa, causaba aún mayor admiración fuera de ella con el resplandor de sus obras, por más que en realidad tuvieran éstas su raíz oculta en la vida del hogar. Para comodidad de los pobrecitos jornaleros que viven del trabajo y gustan de oír, si pueden, cotidianamente el santo sacrificio de la Misa, no teniendo impedimento, decíala temprano, y después de dar gracias á Dios, á lo menos por un cuarto de hora en los días más atareados, íbase al confesonario, donde oía y consolaba con mucha suavidad y dulzura á la gente que aguardaba, con lo cual atraía á no pocas personas á oír Misa y á frecuentar los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Lo restante de la mañana lo dedicaba al estudio y al despacho de varios asuntos que por razón de su cargo se le ofrecían, y por la tarde veíasele recorrer las calles principales, singularmente aquellas en que había enfermos, á quienes visitaba todos los días hasta que fallecían ó recobraban la salud.

Los domingos y días festivos por la mañana predicaba al pueblo con claridad y unción, conforme á lo dispuesto por el Santo Concilio de Trento, y que tan olvidado está, por desgracia, en muchas partes; por la tarde enseñaba y explicaba el Catecismo á los niños, á los que atraía irresistiblemente con su amabilidad inimitable. Para estimularlos á aprender sus enseñanzas y á estar atentos á las explicaciones les daba algunas estampitas y les hacía otros regalitos, particularmente á los más quietos y aplicados. Durante la Cuaresma enseñaba cada

(1) Poco después de escritas estas líneas tuve noticia de la santa muerte de la hermana del Siervo de Dios, acaecida el 2 de Marzo de 1894.

día la Doctrina cristiana, de dos á tres de la tarde, á las niñas, y de siete á ocho de la noche, á los niños. A las primeras las amaestraba en la iglesia, pero á los segundos los instruía familiarmente en la misma casa parroquial.

Con los escasísimos recursos de que podía disponer, puesto que no percibía la asignación que le era debida como Ecónomo, socorría á todos los pobres, pero de un modo especial á los enfermos. Cuando se agotaba el dinero de su bolsillo imploraba por ellos la caridad de sus queridos feligreses. Encargó á su hermana el cuidar de la limpieza de los mendigos, de darles alimento y de vestirlos; y como el caritativo Ecónomo no quería que se despidiese sin socorro á ninguno de los pobres que á él acudían, la buena hermana, cuando no había ropa suficiente en casa, salía á pedirla á los habitantes principales de la población, con lo cual ella ejercitaba la caridad y la humildad; los vecinos de la villa, la beneficencia; el Siervo de Dios, el celo, como alma de todas las virtudes, que miran al prójimo, y los pobres quedaban remediados. Acaeció una vez que llegó á comer más tarde de lo ordinario por atender á ciertos asuntos propios de su ministerio. Todos los de casa habían ya comido, y cuando él se disponía á tomar la modesta refección que le habían separado, llamaron á la puerta algunos pobres pidiendo limosna. Sin más, bastó esto para que él se abstuviese de la comida, la que mandó dar luego á los pobres, y él pasó todo aquel día sin tomar otra cosa que un mendrugo de pan, no sin grande contento de su espíritu, porque el Señor le dió á gustar en el alma otro manjar más regalado, pensando que en la persona de los pobres servía á Jesucristo, y que alimentando á este Señor, que es Cabeza de la Iglesia, de la cual era él miembro, también su alma cobraba espiritualmente nuevas fuerzas, lo que era para él de más regalo y provecho que las viandas más exquisitas que se sirven en la mesa de los reyes. La casa del Cura de Sallent era el refugio de todos los atribulados y afligidos: allí acudían toda clase de personas, y él las acogía con la bondad y delicadeza de los santos.

Sin grave motivo no iba de visita á las casas particulares de parientes ó de conocidos, aunque tenía muchos de ellos en Sallent, porque sabía los daños que causan á los ministros de Dios las visitas inútiles, ora por perder en ellas un tiempo precioso que han menester para otras ocupaciones gravísimas de

su ministerio, ora por disminuirse el prestigio y respeto debidos á su autoridad y dignidad, ora, en fin, por el riesgo que á veces corren de perder en ellas la misma amistad y gracia de Dios. A todas las personas amaba y servía igualmente, sin mirar si eran propias ó extrañas, ricas ó pobres, del país ó forasteras; estas últimas no eran pocas por cierto en aquellos tiempos en Sallent á causa de los vaivenes de la guerra civil. Aunque tan retraído del trato mundanal y de las reuniones, donde las personas se juntan para matar, como dicen, el tiempo, no era esquivo ni tardo en hacer las visitas que la urbanidad, la caridad ó la necesidad exigían, las cuales por un lado ú otro siempre resultaban provechosas, y tal hubo en que sola su presencia bastó para volver la paz á una familia entera, víctima hacía mucho tiempo de la desunión.

Acababa un día de llegar de Vich, y sin decir por qué ni para qué mandó á su hermana, como refiere ella misma, fuese á visitar á los individuos de una casa, saludándoles de parte de un sacerdote conocido de ellos y que residía en dicha ciudad. Cumplió ella fielmente el encargo, y á su vuelta le preguntó el Siervo de Dios: "¿En qué disposición has hallado á los principales de la casa?—Parecióme, respondió la hermana, que estaban reñidos. — Por esto te he mandado allí, replicó el hermano, para que impidieses sus disturbios y desavenencias.„ A cualquier hora del día ó de la noche que le llamaran para acudir al socorro de alguna necesidad, partía al punto sin excusas ni demoras, sin exceptuar las distantes casas de campo que hay en la parroquia sallentina. La singular modestia y dulzura con que á todos trataba le conquistaron desde el principio los corazones de todos sus feligreses, y al poco tiempo el suavísimo perfume de sus virtudes extraordinarias trascendió los límites de la villa, extendiéndose á las comarcas vecinas, de donde, como abejas á la flor, acudían á él innumerables personas que anhelaban aprender de las palabras y ejemplos de tan buen Pastor el modo de formarse en las costumbres cristianas.

Lo que dió al Sr. Claret mayor realce á los ojos del mundo en aquella triste época de desunión y guerra fratricida, fué la prudencia y cristiana política con que mantuvo unidos los ánimos de los habitantes de Sallent, al paso que en otras poblaciones no lejanas la división de los partidos beligerantes había

separado á los padres de los hijos y á unos hermanos de otros, rompiendo los lazos políticos los más justos y legítimos de la sangre. Mas el bendito Sr. Claret fué para su parroquia y los pueblos más cercanos lazo de unión y de perfecta caridad que estrechó en Cristo á los seguidores de los opuestos bandos.

Los jefes militares de las columnas ambulantes hablaban con elogio del que dieron en llamar *Curita de Sallent* por ser aún bastante joven y algo bajo de estatura. No dejó pasar en vano el Sr. Claret la benevolencia con que los jefes le trataban; antes supó aprovecharse muy bien de ella para impedir los abusos que al llegar á una población suelen cometer en tiempo de guerra las tropas algo desmoralizadas, como lo estaban entonces las del Gobierno.

Cuando las columnas pasaban por su parroquia, redoblaba la vigilancia pastoral; y si acaecía descubrir en los soldados algún exceso ó que alguno se desmandaba, después de haber meditado los medios de corregirlo y de aplicar el conveniente remedio, daba cuenta de ello á las autoridades, las cuales, por regla general, le atendían y seguían en esta parte sus consejos. ¡Qué feliz es la parroquia que puede contar con un cura semejante á *Mosén Antón Claret!* Trabajaba, en fin, por sus feligreses cuanto le era posible, y ellos le correspondían aprovechándose de sus afanes apostólicos y amándole en extremo, de lo cual le dieron siempre pruebas inequívocas, pero señaladamente cuando trató de dejarlos para ir á las *Misiones* extranjeras, pues Sallent era campo demasiado reducido para el magnánimo corazón del Siervo de Dios.

5. Los interiores impulsos que en su niñez y juventud le movían á trabajar por la conversión de los pecadores, avivábanse de continuo en su corazón con la lectura de las vidas de los santos y de los libros espirituales, pero singularmente con la lección de la sagrada Biblia, á la que fué siempre muy aficionado. Causábanle viva impresión varios pasajes de ella, en especial de Isaías, de Ezequiel y otros Profetas. En ellos pareciale oír la voz de Dios que le llamaba á predicar el Evangelio á pueblos y ciudades. En la oración pasábale lo mismo, y ya por entonces el Señor le inspiró el proyecto de fundar una Congregación que tuviera por objeto, á más de la santificación de sus individuos, el trabajar en la salvación de las almas, valiéndose como medio principalísimo de las Misiones,

así en tierra de cristianos como de infieles. Mas aunque el Señor le dió á entender claramente que aquello era inspiración suya y que sería de no pequeña gloria y utilidad á la Iglesia española, como tan humilde y desconfiado de sí, quiso antes consultar el pensamiento con personas sabias y prudentes. Vivía por aquel tiempo en Collsacabra el P. Bach, y como fué, según se dijo, su director espiritual mientras hizo la carrera eclesiástica en la capital de la diócesis, no pudo menos de comunicar con él la obra á que Dios le llamaba; y como eran tan grandes sus deseos de anunciar las verdades del Evangelio á todo el mundo y de derramar su sangre por Jesucristo, determinó ir á Roma, si el parecer del Padre era contrario á la fundación, para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, establecida en la capital del orbe cristiano, y ponerse bajo la obediencia de los superiores de la misma para que le enviaran á predicar á cualquier parte del mundo. Todo esto consta por la carta que escribió un sacerdote amigo suyo, al cual dijo el Sr. Claret: "Si el P. Bach dice que aún no es oportuno, me iré á las misiones extranjeras, pues, — añadió abrazando á su amigo, — tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo.," El P. Bach, aunque no se opuso absolutamente á su proyecto, no le pareció bien la realización del mismo por entonces, en lo cual, sin saberlo, favorecía las trazas de la divina Providencia, que intentaba antes amaestrar teórica y prácticamente al futuro Fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María en el arduo ministerio á que le llamaba y en el modo de organizar el nuevo Instituto con vida duradera y acomodada á las necesidades de los presentes tiempos. "La caridad de Cristo me urge, — exclamó el Sr. Claret al ver que se le cerraba la puerta al primer camino; — yo no puedo resistir los impulsos interiores que me llaman á salvar las almas; y ya que no puedo emprender lo que había proyectado, tomaré el camino de Roma para que el Señor disponga de mí por medio de los que gobiernan la Congregación de la propagación de la Fe.," Así lo verificó, como vamos á ver en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO V

DEL VIAJE DEL SEÑOR CLARET Á ROMA Y DE SU VUELTA Á ESPAÑA (1839-1840)

1. Preliminares del viaje. — Quiere juntársele un compañero, y se frustra su intento. — Encuentro con los malhechores de *Font del Picassó*. — La Virgen santísima le libra de ellos y á los que antes que él habían sido arrestados. — Buena acogida que halló en su viaje hasta Marsella. — 2. Un ángel le sirve de guía y compañero mientras permanece en esta ciudad. — Se embarca para Civitá-Vecchia. — Lances curiosos de su navegación. — Llega á Roma, y la Providencia le depara albergue. — 3. Encuentro providencial. — Frústrase su entrada en la Congregación de Propaganda y entra en la Compañía de Jesús. — 4. Lo que aprendió en el Noviciado. — 5. Cómo creció en él su fervor, y en especial su devoción á la Virgen. — 6. Cae enfermo, y obligale el Señor á dejar la Compañía y volver á España.

1. Apenas corrió la noticia de que el Sr. Claret estaba determinado á emprender la carrera apostólica en las Misiones de infieles, sus deudos y sus queridos feligreses acudieron presurosos á suplicarle con instancia que no los abandonase. Lágrimas, ruegos, promesas de portarse mejor en adelante y seguir con mayor fidelidad sus consejos, todo, en fin, lo que podía ablandar un corazón, ya de suyo tan compasivo, como el del bondadoso Cura, se puso en juego admirablemente con el ingenioso artificio del amor para hacerle desistir de su proyecto. Por otra parte, el Prelado de la diócesis, aunque no le negó absolutamente la licencia, dióle claramente á conocer el sentimiento que tenía de desprenderse de tan celoso operario cuando más necesaria era su acción por la escasez del clero y por las críticas circunstancias traídas torpemente por la malicia de muchos y por los trastornos consiguientes á la guerra. En gran manera apesaraban todas estas cosas el tierno corazón del Siervo de Dios, pero su conciencia no le permitía resistir á los secretos impulsos con que el Señor le llamaba.